



Indudablemente, fijará asimismo una manera de estudiar la literatura, con lo cual se transfiere en testimonio del quehacer crítico cumplido.

Este primer tomo atiende a las literaturas amerindias y a esa otra expresada en español a lo largo del siglo XVI. Con ello establece, de entrada, una posición ideológica, también palpable en la elección del término «amerindias.» Aquí surge un rasgo que individualiza a este volumen: al ser el inicial de la serie, se enfrenta a varios problemas que menguarán su presencia en los restantes y por aparecer. Dos grupos nítidos de ensayos componen la totalidad del material: uno dedicado a la cultura prehispánica (definición cuyo uso se evita en el título, si bien no en los textos del interior) y el segundo a la surgida desde el momento mismo del contacto entre lo indígena y lo español. Pregunta indispensable: ¿dónde se inicia la literatura mexicana? ¿Será producto de la mezcla conflictiva de lo existente con lo llegado? De tomarse como valedero esto, tanto lo amerindio como lo venido de España serían meros antecedentes en nuestro difícil caminar hacia la identidad que hoy tenemos. ¿Es lo prehispánico nuestra semilla, posteriormente modificada en su desarrollo hacia la planta por el injerto español (y otros posteriores, material de tomos venideros)? Tal propone, dice nuestra lectura, la gama de ensayos que componen este primer tomo. Lo cual sin más crea un reglamento para futuras mediciones de lo nacional: todo injerto modificador es, como injerto, parte de lo mexicano. Entonces, a todo lo extranjero alojado en nuestra cultura (por razones de exilio, personales o fortuitas) debe reconocérsele la función que esté cumpliendo. En especial dadas las complejas formaciones sociales de este fin de siglo.

La otra pregunta es abordada directamente en varios de los ensayos: ¿qué entenderemos por literatura? La cuestión es muy pertinente, habida cuenta de los medios de expresión empleados en el periodo prehispánico. Parte del dilema está resuelto hace mucho por la teoría literaria: cualquier sistema de comunicación impresa ha sido tomado como escritura. Bien, pero ¿y la literatura en sí? Allá en el fondo de los tiempos, lo que por facilitarnos la vida llamaremos géneros no tenía fronteras definidas. Historia y mito confundían sus razones de ser con las de la narrativa; entonces, los sistemas de clasificación deben tomar en cuenta esa flexibilidad de los límites. En este mismo volumen las crónicas de los españoles aproximan la lectura a la de un texto de ficción moderno, en el cual historia e invención (y si no invención, modo de mirar) confunden sus terrenos. Por tanto, lo asentado en glifos y en códices entra de modo natural en cualquier definición de literatura. Razón tiene Georges Bantou al afirmar que «una moderna historia de la literatura mexicana no podía desechar textos por la única razón de que no obedecen estrictamente a las normas del 'texto literario' definido en el siglo pasado o a principios de éste» (37). Sin embargo, algún titubeo nos invade el espíritu cuando Miguel León-Portilla menciona en su capítulo «documentos

jurídico-económicos» que, si bien completan la visión de conjunto, parecen difíciles de excusar en lo estrictamente literario. Sin embargo, más vale **pecar** por exceso.

Varios ensayos en tomo de las lenguas amerindias y del español mismo acompañan al material más directamente relacionado con los textos literarios. Desde **luego**, son de lectura interesante y aclaran **muchos** aspectos respecto de las lenguas mismas. Sin embargo, hizo falta una relación mayor entre la **descripción** de esas lenguas y su empleo en los textos. Ya definidas las condiciones de cada lengua, ¿de qué modo se reflejaron esas condiciones en el uso literario? Hay un mayor asomo de enlazamiento cuando se llega al español, dado que se comenta la presencia de términos indígenas en poemas, crónicas y otros documentos. Por otro lado, se trae el examen de dichas lenguas hasta su **posición** actual, en el siglo XX. Deja la impresión esto de que se limitará su presencia al tomo inicial, lo cual no sería aconsejable. De no ser así, ¿para qué adentrarse tanto en lo que corresponde a los siglos venideros en cuanto al empleo de esas lenguas amerindias?

La condición literaria de las Américas está llena de cuestiones fascinantes. En la narrativa del XX mexicana hay, sobre todo a últimas fechas, un volver a las épocas prehispánicas muy interesante de examinar: en términos generales, se diría que dicha literatura anda al rescate de ciertos antecedentes históricos que le hacen falta para sentirse completa. Sin embargo, esa misma literatura no se **relaciona** con los indígenas de hoy, excepto en casos muy contados. Por tanto, se da un aislamiento literario de éstos, que forma parte de una constante de olvido fácil de percibir a lo largo de la historia. En tal sentido, que se suma a los otros ya vistos, lo asentado por este tomo en lo relacionado con la cultura amerindia es de presencia indispensable y esta primera entrega se vuelve base de contraste respecto a lo que vendrá en las otras etapas.

Esa literatura amerindia es de una riqueza que no sospechábamos. Que no sospecha, imaginamos, el ciudadano medio de nuestro país. La imagen usual es la de algunos códices y algunos glifos. Pero el testimonio de tal literatura sobrepasa los límites del siglo XVI y se interna en las épocas siguientes. Este primer tomo nos hace ver que **conocemos** mal la historia de nuestro país, y su lectura resulta provechosa porque destruye varios lugares comunes inexactos (cómo se fue extendiendo el dominio español por todo el territorio, digamos, que estuvo lejos de ocurrir exclusivamente en 1521 y sus alrededores) y nos pone ante la obligación de mirar el ayer con mayor exactitud. Cuando se examinan los testimonios literarios amerindios, igual sucede. Estos son atendidos en capítulos **donde** encontramos la aplicación de un método de análisis, pero también en capítulos que parecen reducirse a un muestrario de ejemplos, siendo estos últimos un tanto menos satisfactorios que aquellos otros.

En cuanto a la literatura en español, ocurre lo mismo: es de una riqueza insospechada. Se examinan las crónicas de la conquista, las etnográficas, las

religiosas, el teatro, la poesía lírica, la épica, la celebratoria de fiestas y la prosa varia, junto con un saludable apartado sobre diccionarios y gramáticas producidos en la época. El examen es riguroso y, por dar un ejemplo, en el caso de Bernal Díaz del Castillo se precisan datos que modifican la imagen que suele tenerse de este conquistador-cronista. Dado que los colaboradores son de preparación y de ideas variadas, el mosaico final es de riqueza incluso en las repeticiones. Porque ocurre que al tocarse un determinado aspecto (la figura de Cortés viene mucho al caso) las ponderaciones en torno al mismo cambian de tono y de aprecio, con lo cual el lector viene a encontrarse con opiniones diversas, que es su tarea comparar entre sí y con las propias, para llegar a la conclusión que considere oportuna.

Los colaboradores suman (entre nacionales y extranjeros) diecinueve, incluyendo a los dos coordinadores. La nómina es impresionante: está lo mejor en cada campo atendido. Esto se aprecia en la densidad de información contenida en cada ensayo, en la precisión de los juicios emitidos, en el acompañamiento de datos periféricos al tema central y con todo imprescindibles de tener para redondear cada apartado, en la abundante bibliografía que acompaña cada texto, de la cual puede partir un lector interesado para allegarse estudios más detallados. Una serie de cronologías finales permite ver con agregada claridad lo que fue sucediendo en México a lo largo del tiempo.

Este primer tomo será la base de sustentación de los que a continuación vienen. Acota de modo notable cuestiones que se irán repitiendo a lo largo del tiempo: ¿qué es lo mexicano?, ¿qué es literatura?, ¿cómo se fueron modificando los enfoques aplicados a ésta en las sucesivas etapas? Por decir algo, encontramos en la parte amerindia diversos retratos de Netzahualcóyotl. ¿Hasta dónde corresponde a ellos la imagen dada por Marco Antonio Campos en su novela sobre el personaje. de 1995 El ensayo de Leonardo Manrique Castañeda nos hace ver que lo más reciente de Francesca Gargaño (la novela *La decisión del capitán*, 1997) tiene una sólida fundamentación histórica. Basten esos dos ejemplos para asegurar que este primer tomo será de referencia constante para, ante todo, los que deseen tener un panorama rico de la época examinada y, en segundo lugar, por quienes al escribir de otras posteriores necesiten contrastar con lo ocurrido en ésta. En resumen, un proyecto loable por su seriedad y por sus alcances.

FEDERICO PATÁN

*Universidad Nacional Autónoma de México*